

Fernán Caballero: El reflejo de una época

María Alicia LANGA LAORGA

*Departamento de Historia Contemporánea
Universidad Complutense. Madrid*

INTRODUCCION

Con el fin de aproximarnos lo más posible a una interpretación clara de la obra de Fernán Caballero, será necesario tener en cuenta, en primer lugar, su biografía: ascendencia, educación, ambiente en el que se mueve; en segundo lugar, los acontecimientos políticos del momento en que dicha obra se lleva a cabo¹, así como la situación socio-económica de la zona en que se desarrollan los diferentes argumentos de sus novelas; y en tercer lugar, los movimientos culturales que hayan podido influir en la mentalidad de la escritora².

Finalmente, veremos algunas opiniones de críticos, tanto de la época, como actuales, analizándolos igualmente, para ver si coincidimos con sus conclusiones.

I. INFLUENCIAS AMBIENTALES Y CULTURALES: FAMILIA Y EDUCACIÓN

Cecilia Böhl de Faber, es hija de un alemán y de una gaditana, de madre irlandesa.

Johan Nicholas, padre de Cecilia, será uno de los impulsores del Romanticismo en España, al introducir en el país las ideas de Schle-

¹ Es necesario tener en cuenta la dificultad que entraña este punto, por la falta de datos seguros para fechar exactamente la ejecución de cada una de las novelas de la autora.

² Esto, por lo que se refiere a conseguir una depuración de los elementos extraídos de la lectura atenta de todas sus novelas, relaciones, diálogos, etc., con el fin de que nos sirvan como fuente histórica, una vez conocidas las influencias subjetivas que hayan podido desvirtuarlos.

gel; será también un auténtico defensor (dentro y fuera de nuestras fronteras) de nuestro teatro del Siglo de Oro y de nuestro Romancero³.

Este Romanticismo, de corte historicista, estará impregnado de nacionalismo y tradición.

Doña Frasquita, por su parte (madre de nuestra autora), organizará en su casa, una tertulia, a la que asiste su hija cuando regresa del internado de Hamburgo, en la que se debaten ideas totalmente tradicionalistas, defendiendo absolutismo, trono y altar, es decir: una tertulia de «serviles»⁴, en contraposición a la otra tertulia gaditana del momento, de rasgo absolutamente liberal: la de Margarita de Morla, hermana del conde de Villacreces.

Además de la influencia ejercida en Cecilia por sus padres, hemos de tener en cuenta, igualmente, que la abuela materna de la escritora es irlandesa católica y que, viviendo con el joven matrimonio, estará con Cecilia, al menos, durante los primeros años de su vida, hasta su ingreso en el pensionado, en 1906, es decir, hasta los nueve años⁵.

Educada en Hamburgo (mimada por su abuela paterna en cuya casa, según expresión de la propia autora, tendrá todo tipo de caprichos), es necesario insistir en el hecho de que el pensionado en el que estudia, está regentado por una dama francesa que establece en el mismo, el sistema del Colegio de Saint Cyr (para señoritas de la nobleza francesa), fundado en París, por madame de Maintenon.

Según Morel-Fatio, allí adquirirá Cecilia su exquisito buen tono y el sabor *ancien régime*⁶.

Por tanto, hasta su primer matrimonio, en 1816, nuestra escritora habrá bebido en las fuentes de un determinado tipo de educación (a la «antigua usanza»), de un romanticismo historicista (es decir, no progresista como el posterior romanticismo liberal), de tradicionalismo y, finalmente, de catolicismo profundo.

³ A este respecto, hay que recordar la famosa polémica de Böhl con José Joaquín de Mora, defensor del clasicismo y la ilustración, y con Alcalá Galiano (véase Díez Borque, J. M., *Historia de la Literatura Española*, cap. XX, «Características generales del siglo XIX (Burguesía y literatura)», por Iris M. Zavala, pág. 16, Madrid, Guadiana, 1974).

⁴ Como vemos, en esta tertulia siguen prevaleciendo los valores del sistema Antiguo Régimen.

⁵ Cotejando las distintas biografías de Fernán Caballero, no hemos podido encontrar la fecha de la muerte de la abuela materna, por lo que no sabemos si al regreso de Cecilia a Cádiz, aún viviría. Sin embargo, el que estos biógrafos sólo hablen de doña Frasquita y de sus hijas, durante su estancia en Chiclana y Cádiz, poco antes del retorno de Johan Nicholas y de la futura escritora (ya de dieciséis años), nos hace pensar que esta señora habría ya fallecido por lo que su influencia sobre Cecilia se daría únicamente en los primeros años de la vida de ésta. La única alusión al tema, la encontramos en Coloma, *Recuerdos de Fernán Caballero*, Obras Completas, Razon y Fe, Madrid, 1960, pág. 1369: «Desapareció... el hermano mayor de Juan Nicolás, que murió en 1801, y siguióle sin que sepamos en qué fecha, la buena abuelita irlandesa, madre de Doña Frasquita.»

⁶ Citado por Coloma, en *Recuerdos de Fernán Caballero* (op. cit., pág. 1374).

Al regresar de América, dos años más tarde, tras la muerte de su primer esposo, el capitán Planells y Bardají, habitará de nuevo la casa de sus padres, asistiendo otra vez a las tertulias de doña Frasquita, florecientes en una época histórica en que impera el absolutismo de Fernando VII. No hay que olvidar, tampoco, su segundo matrimonio, con un caballero perteneciente a la nobleza titulada.

Con lo apuntado hasta aquí, no nos resulta extraño que, al comenzar a gestar sus novelas, que parece fueron escritas en principio, únicamente por el placer de plasmar, valiéndose de un argumento, el ambiente que la rodea, éstas reflejan con claridad todos los elementos que acabamos de enumerar. Aunque Cecilia intenta reproducir, como ella misma dice en distintas ocasiones, la vida auténtica del pueblo andaluz, no podrá evitar que su visión personal del mismo esté deformada por el prisma através del cual aprehende esta realidad, es decir, el que ha fabricado su propia mentalidad, alimentada por todo un cúmulo de influencias recibidas a lo largo de su desarrollo psíquico y físico, durante su infancia, adolescencia y primera juventud.

II. ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS Y SITUACIÓN SOCIOECONÓMICA

Durante nuestros estudios, hemos visto cómo los distintos momentos históricos que jalonan la época de actividad literaria de Fernán Caballero han podido influir en su obra. Como quiera que dicha actividad parece nacer a mediados de los años veinte, para terminar en 1868, sería necesario reflejar aquí la complicada historia española tanto en el reinado de Fernando VII, como de toda la época isabelina lo que consideramos excesivamente largo y fuera del ámbito de este artículo.

Por tanto, intentaremos apuntar sólo aquellos momentos que, a nuestro juicio, han sido más decisivos de cara a la novelística fernandina.

Lo que sí queremos dejar sentado, es que cuando en sus obras refleja una situación política lo hace retrospectivamente y en muy pocas ocasiones. Los acontecimientos históricos, cuando intranquilizan su conciencia, por miedo a que acaben con el sistema tradicional que ella defiende, no se plasman en su obra, sino que escribe sobre otros anteriores, más aleccionadores de cara a su personal punto de vista. Así *La Familia de Alvarada*, nos recordará la lucha contra el francés invasor durante la Guerra de la Independencia, y parece haber sido escrita tras el trienio constitucional, como si la autora pretendiera recordar el sacrificio del pueblo para hacer volver a Fernando VII, el rey legítimo de los españoles, cuyo reinado está siendo tan polémico.

Elia o la España de treinta años ha, es como muy bien dice Castro, «un pedazo de historia nacional», que cubre desde el momento gozoso de la restauración del «Deseado», hasta las noticias dadas en el epílogo que nos hablan de la muerte de algunos de sus protagonistas: Fernando, en las jornadas de Madrid de 1822, defendiendo al rey; y Carlos, en 1823, en el Trocadero.

Evidentemente, Cecilia intenta prevenir a sus lectores contra el peligro de desunión interna del país, de confrontación entre hermanos. La lucha frente al invasor extranjero es válida. No lo es, la que arma a unos españoles contra otros.

Sin embargo, para analizar esta obra y su mensaje, nos falta un dato esencial: La fecha en que fue escrita. Editada en 1857, y teniendo en cuenta su título, pudo gestarse a partir de 1844 aproximadamente.

Ahora bien, la Década Moderada no creemos que le fuera particularmente incómoda a la autora, aunque sí podemos asegurar, casi con certeza que lo sería el Bienio Progresista. Por tanto, la base sobre la que montar una hipótesis de análisis histórico es muy deficiente y podría inducirnos a error.

La pequeña novela, *Deudas Pagadas*, sí refleja fielmente un episodio histórico: la Guerra de Africa, con la toma de Tetuán, etc.... Además será escrita poco después de que dicho episodio tenga lugar y publicada mediante la ayuda de los duques de Montpensier.

En este caso, las ideas de Cecilia, coinciden con la política de expediciones militares exteriores llevadas a cabo por los Unionistas, integradas en esa corriente de nacionalismo romántico conservador, que necesita campañas de prestigio fuera de nuestras fronteras, para encender el entusiasmo popular y enmascarar los problemas internos⁷.

Lo que sí está claro es que toda la obra de Cecilia Böhl de Faber está muy influenciada, no por los hechos históricos en sí, sino por toda la ideología política del momento, como veremos en el apartado IV.

Por lo que se refiere a la situación socioeconómica de la zona, pensamos que está bien plasmada en la obra fernandina, tanto en cuanto a estructura social, como al tipo de economía, fundamentalmente agraria, latifundista, con predominio de la nobleza tradicional en cuanto a la propiedad rural, con un principio de infiltración burguesa, inversora en tierras desvinculadas o desamortizadas, pero todavía sin fuerza, y unas clases campesinas sin tierras, que aún no se habrán lanzado por la pendiente revolucionaria, que podemos situar a fines de la época

⁷ Para situarse en el panorama histórico de la época, véase: Jover Zamora, J. M., *Edad Contemporánea*, en Ubieta-Reglá-Jover-Seco, *Introducción a la Historia de España*, o bien Carr, R., *España, 1808-1936*, Barcelona, Ariel, 1968.

isabelina y no en los momentos en que se escribe la mayor parte de la obra de Fernán Caballero.

Al analizar la influencia ideológica veremos cómo Cecilia silenciará aquellos datos que no convengan a sus tesis, como por ejemplo, el hambre de tierras en los campesinos, a los que describirá como resignados con su suerte y agradecidos a sus señores⁸.

III. GRANDES LÍNEAS DEL HORIZONTE CULTURAL DE FERNÁN CABALLERO

El romanticismo schlegeliano defendido por Johan Nicholas tiene un fuerte impacto en la novelística de nuestra autora.

No hay en ella retorno al pasado, ni glosa de las glorias nacionales pretéritas, pero sí muchos rasgos definitorios de una adscripción personal de la escritora a estos preceptos. Su canto constante a las virtudes tradicionales del pueblo español y a las costumbres ancestrales que hay que mantener, nos hablan de ese nacionalismo romántico que florece durante la Guerra de la Independencia, encarnado por el espíritu propio de cada pueblo, ese *Volkgeist* que está en la base de toda vivencia nacional.

Ahora bien, su apología de la monarquía, de la familia como núcleo básico de la sociedad, de la religión, en el sentido más ortodoxo, está dentro de un innegable tradicionalismo propio de su educación *ancien régime*, de la influencia de las tertulias de «serviles» de Cádiz y del influjo de las ideas paternas, ya que el romanticismo historicista de Schlegel estará en la línea del primer romanticismo de corte conservador que se enfrentará al romanticismo liberal de años posteriores.

Incluso, este enfrentamiento, estará también presente en las novelas de Fernán Caballero. En casi todas ellas (quizá, no en las primeras, como veremos a continuación), encontramos auténticos «discursos» en contra de las nuevas ideas liberales, desintegradoras del sistema establecido que, para Cecilia, tiene todas las virtudes y ningún defecto⁹.

Por otra parte, si tenemos en cuenta que el pensionado de Hamburgo estará regentado por una dema que, al decir de Coloma¹⁰, ha huido de la Francia revolucionaria, y que el padre coadjutor, director espiritual de Cecilia es igualmente emigrado, y tomando en consideración el hecho de que esta revolución será obra de la burguesía liberal, no

⁸ Véase Cuenca Toribio, J. M., *Combates por Andalucía*, Córdoba, 1978, pág. 26 y ss.

⁹ Al detallar en páginas posteriores la plasmación de estas influencias en los personajes y situaciones que se dan en las novelas, veremos que Fernán Caballero no sólo «discursea» en abstracto sobre las ideas liberales, sino que descalifica a los personajes que las sustentan, para una mayor ejemplificación de cara al lector.

¹⁰ Coloma, *op. cit.*, pág. 1374.

es extraño que la escritora repruebe estas ideas ilustradas, como germen de desorden y de grave desestabilización.

Si a esto añadimos que el Imperio Napoleónico será el colofón revolucionario y que dicho imperio aplastará a la nación española, dando lugar a la primera de las guerras románticas de «liberación» de Europa, vivida de cerca, al menos, en su final, por la autora, tendremos el marco adecuado para la formación de una mentalidad a la vez tradicional y nacionalista, tomando el concepto como:

Un sentimiento anclado en una conciencia perteneciente a una casta, enfrentado no a lo extranjero propiamente dicho, sino a lo extranjerizante enquistado en la propia nación; un sentimiento de temor frente a la contaminación, desde elementos internos ¹¹.

Ahora bien, es curioso una cierta benevolencia de la escritora detectada en algunas novelas, hacia los primeros liberales, a los que quizá considera equivocados, pero llenos de amor a la patria, y, por tanto, esto exonera de culpa sus intentos de desestabilización de la situación establecida ¹². No ocurre lo mismo, más adelante, en novelas posteriores en las que realmente el ataque a las ideas ilustradas y «positivas» (como ella las denomina), así como a la clase que las detenta: la burguesía, es frontal.

Fernán Caballero tiene a mi juicio, un mérito innegable. Aunque su obra no puede en ningún caso ser considerada como realista, si es un precedente válido de este movimiento, ya que, escribiendo en un momento en que España está inmersa en el Romanticismo ¹³, y también cuando las producciones literarias de tipo folletinesco (las más difundidas) están claramente infectadas de elementos extranjerizantes, ella se plantea el tema de reflejar la realidad de un pueblo que conoce bas-

¹¹ Tesis apuntada por el profesor Jover Zamora, *Curso de doctorado, 1983-84: Caracteres del nacionalismo español del siglo XIX*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid.

¹² Recordemos el retrato tan matizado, diríamos incluso que con transigencia cariñosa, de Leopoldo Ardaz (*Un servilón y un liberalito*) o el de Carlos Orrea (*Elia o la España de treinta años ha*).

¹³ No olvidemos que Cecilia escribe sus obras probablemente a partir de 1822, con un auge de producción centrado, según algunos autores, en la década de los treinta, y según nuestro criterio, desde luego, antes de publicar en 1849, decreciendo después aunque no desapareciendo. Las fechas mencionadas podrían, por tanto, asimilarse a los momentos de gestación de los dramas históricos del duque de Rivas (*Don Alvaro o la fuerza del sino*, 1835) o de la novela histórica de Mariano José de Larra (*El doncel de don Enrique el Doliente*, 1834), incluso también del teatro romántico de Hartzenbusch (*Los amantes de Teruel*, estrenada en 1837). Véase Ubieto, Regla, Jover y Seco, *op. cit.*, Barcelona, Teide, 1963, páginas 560 y ss., sobre *El Romanticismo español*, por el profesor Jover, y más concretamente, páginas 572 y 573, apartado b): «El apogeo». Otro dato a tener en cuenta es la pervivencia de este Romanticismo hasta fechas posteriores: en la lírica (Bécquer y Rosalía de Castro) y en el teatro (Zorrilla estrena *Don Juan Tenorio* en 1844).

tante bien: el pueblo de la Baja Andalucía occidental. Sus novelas, aunque impregnadas de nacionalismo y tradicionalismo, llenas de valores ancestrales, con una motivación muy cercana a la que se desprende del romanticismo historicista, desarrollan sus argumentos en época coetánea a la de su creación y, sobre todo, plasman la vida cotidiana de sus personajes.

Esta plasmación de la vida cotidiana, insistimos en que no es del mismo tipo que la llevada a cabo por los escritores realistas posteriores, sino que corresponde a lo que Ferreras llama prerrealismo, es decir:

... un nuevo estilo: surge la descripción del universo recreación imperfecta, ya que es excesivamente seleccionada, casi moralmente seleccionada...

Aparecen por primera vez los diálogos... (pero) abundan los juicios de valor...¹⁴.

Los juicios de valor y el «sermoneo» constante de la autora, rompe en ciertos momentos el encanto de sus descripciones llenas de luz y color.

Es cierto, que la recreación de la realidad está moralmente seleccionada, como veremos más adelante con detenimiento.

Queremos añadir también que este prerrealismo no significa el eslabón inmediatamente anterior al realismo, lo mismo que el romanticismo histórico no evoluciona necesariamente hacia un prerrealismo. Es decir, un proceso que nos lleve, en la novela del siglo XIX, de un primer momento: «novela histórica», a un segundo: «prerrealismo», para desembocar en un tercero y último: «realismo», no es congruente por las diferencias esenciales existentes entre cada una de estas corrientes¹⁵.

La recreación de la realidad que encontramos en la obra de Fernán Caballero, puede tener además otro componente: el derivado de la influencia del costumbrismo, aunque transformando el inmovilismo propio de esta forma literaria en un dinamismo esencial en la novela.

Aunque Montesinos ha demostrado que el costumbrismo no es novela ni, por tanto, puede influir en la misma¹⁶ dicha influencia, detectada en la obra fernandina ha sido defendida por otros autores como Ferreras¹⁷.

¹⁴ J. M. Díez Borque, *op. cit.*, cap. XXI: «La prosa en el siglo XIX, por J. J. Ferreras, pág. 89.

¹⁵ Seguimos en este planteamiento a Ferreras que, aunque considera a Fernán Caballero como autora prerrealista sin lugar a dudas, con una forma de novelar nueva, no admite una evolución lineal en la novelística decimonónica (para más detalles, véase J. J. Ferreras, *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973).

¹⁶ José F. Montesinos, *Costumbrismo y novela*, Madrid, Castalia, 1960.

¹⁷ Para Ferreras, el prerrealista recoge del costumbrismo el «tipo» y la «escena», así como el dualismo moral, político y hasta religioso (véase Díez Borque, *op. cit.*, cap. XXI, por J. J. Ferreras, apartado 7.º, pág. 88).

Si además aceptamos el planteamiento de que «el autor costumbrista está influido por el romanticismo conservador y defiende los valores tradicionales y la España de los privilegios»¹⁸, nos encontraremos con que existen muchas analogías con la obra de nuestra escritora.

IV. INTERPRETACIÓN Y REFLEJO DE LAS INFLUENCIAS RECIBIDAS

A) *El romanticismo en la obra de Fernán Caballero*

Como hemos citado el romanticismo como constitutivo del abanico de influencias sufridas por Cecilia Böhl de Faber, vamos a intentar rastrear sus posibles efectos en su novelística.

Existen unos rasgos bien definitorios que se repiten bastante a menudo.

Por ejemplo:

- La utilización del paisaje y de los elementos de la naturaleza para simbolizar o para «acompañar» determinados estados de ánimo de los personajes: sobre todo tormentas y temporales en el mar. Algunos influyen en ciertos espíritus sensibles hasta causarles auténticas depresiones (*Lágrimas*); otros que, produciéndose en las costas atlánticas andaluzas, son fuente inagotable de malos presagios para los deudos de marinos que navegan a miles de millas de la zona (*Estar de más*); alguno también será la causa de terribles naufragios. En uno de ellos morirá ahogado el amante de Constancia (*Clemencia*), siendo su cuerpo arrojado a la costa, precisamente en una playa desierta, cerca del caserío donde la tiranía de una madre ha encerrado a la amada que, por intuición, se acercará a la arena para recoger los despojos del ser querido.
- Otro rasgo romántico será la inclusión en sus obras de personajes tan característicos como los bandoleros que, además, no serán considerados como elementos antisociales, sino más bien como protectores del débil, aunque con métodos equivocados¹⁹.
- Asimismo, tendremos innumerables enfermedades, con altas fiebres cerebrales, producidas por graves disgustos, tales como: separaciones del ser amado, bien por imposibilidad de llegar a una unión socialmente desigual, bien por muerte, generalmente violenta²⁰.

¹⁸ Iris Zavala (en Díez Borque, *op. cit.*), cap. XX: «Características generales del siglo XIX, pág. 29).

¹⁹ La figura de Diego, jefe de la partida de bandoleros que aparece en la tercera parte de *La familia de Alvarada*, es claro exponente de estos personajes.

²⁰ Muchos serían los ejemplos a enumerar de este tipo de enfermedades, pero expondremos siquiera los más representativos: enfermedad gravísima de Elia

- Finalmente, los grandes gestos heroicos de renuncia, de religión mística como evasión del mundo hacia horizontes más elevados. Este aspecto está perfectamente determinado en casos como los de Elia, que se aísla encerrándose en un convento, o el de Ramiro que lo hace en una ermita²¹, tras el final de unos amores absolutamente fuera de su alcance.

B) Rasgos costumbristas

A través de toda la obra de Fernán Caballero encontramos descripciones de cuadros y costumbres de la zona, incluso con inserción de leyendas, romances, cantares y cuentos del campo andaluz, que pretenden crear un ambiente de tipismo en el que situar unos personajes que evolucionarán según coordenadas previamente fijadas: la más estricta moral católica y el respeto a la tradición.

En muchos casos estos personajes son auténticos arquetipos y la captación del alma popular queda desdibujada, perfilándose únicamente un folclorismo superficial.

Sin embargo, el reflejo de una Andalucía de copla y guitarra, de pueblo alegre, incluso en la pobreza, de flores y fuentes en los amables patios, de ricas tradiciones populares, es algo que en la época en que inicia sus primeros escauceos literarios doña Cecilia, ha sido asumido incluso fuera de nuestras fronteras. Es aún el pueblo de Cádiz, contestando con fandangos y cantes a la presión de los ejércitos napoleónicos; o los curas y estudiantes combatiendo en la guerrilla por el honor de la patria: una imagen creada por la primera guerra de «liberación» en Europa. Será necesario esperar a que pasen bastantes años para que la literatura refleje no sólo la luz y el color de Andalucía, la copla y el baile, el toro y la fiesta, sino también la miseria de los braceros, la opresión del latifundismo, el hambre y la revuelta.

Pero Cecilia Böhl de Faber no lo intenta siquiera. No se lo plantea. Sus relatos se desarrollan en una línea clara de discurso moral, sistematizado de forma maniquea en muchos casos, aun cuando la fuerza de la fe, el arrepentimiento y el sometimiento a la voluntad divina, puedan redimir al pecador²².

al conocer su origen y comprender que nunca podrá casarse con Carlos Orrea (*Elia o la España...*); crisis y muerte de Elvira, por el ajusticiamiento de su hermano (*La familia de Alvareda*); trauma profundo de Constanca, al ver a su amado Bruno muerto en la playa, ahogado en un naufragio (*Clemencia*); desvarío peligroso de Blanca al conocer la muerte de su esposo (*Estar de más*), etc.

²¹ F. Caballero, *Obras completas*, Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas, Madrid, 1961, vol. III: *Elia o la España...*, pág. 92, y vol. II: *Estar de más*, páginas 370 y 371.

²² Este es el caso, entre muchos otros, de Rita que, habiendo sido la causa, por su liviandad, de la muerte de un hombre y la perdición de otro, podrá llevar

C) *La ideología de Fernán Caballero, proyectada en su novelística*

Como hemos visto hasta ahora, existen muchos elementos de tipo romántico en la obra de doña Cecilia, por la pervivencia de un ambiente cultural en el que ha estado inmersa desde su juventud, y también de tipo costumbrista, por ese afán de reflejar una realidad que la rodea, pero a la que tiene acceso sólo desde un doble prisma: el de hija de burgueses con un nivel cultural elevado y esposa de marqués, por una parte, y el de, casi podríamos considerar, extranjera, por otra, si tenemos en cuenta que desde los nueve años estará en Alemania, primero a cargo de una institutriz, luego en un internado, etc. Este doble prima alterará la realidad, pero será fundamentalmente su ideología la que produzca más interferencias en el momento de plasmar sus novelas.

Realmente no es lo mismo escribir de lo que se conoce por propia experiencia, que de aquello de lo que sólo se ve lo que uno, aunque sea inconscientemente quiere ver. Por eso, en las obras de Cecilia, las escenas en que se describen las tertulias de las clases altas, su forma de vida, sus relaciones sociales, etc., o en aquella otra (quizá uno de los relatos de mayor lozanía y sencillez) en que se estudia a la burguesía comercial gaditana (*Un Verano en Bornos*), la realidad adquiere toda su fuerza.

Apenas hay deformaciones, salvo las derivadas de unos juicios benévolos por parte de la escritora, a la hora de analizar los defectos de estos personajes con los que se siente identificada por adscripción personal al mismo grupo social.

Sin embargo, al reflejar la vida de las clases populares, con las que evidentemente tiene mucho contacto durante su primer matrimonio, el estudio es superficial, o al menos viciado en cierto modo. No es lo mismo, insistimos, vivir las penurias y los problemas de estas gentes, por ser uno de ellos, que recibir noticias de subordinados de clase inferior, sobre todo de mujeres, con un profundo respeto ancestral a los amos, lo que les impedirá contar lo que hay de miserable en sus vidas, para reflejar en sus relatos sólo las escasas alegrías²³. Intentar captar la realidad no directamente sufrida ni vivida es muy difícil, aunque la escritora sea absolutamente ecuánime e imparcial, lo que es bastante improbable por su planteamiento ideológico de profunda jerarquización social heredada de un antiguo régimen estamental.

una vida de arrepentimiento, sacando a sus hijos adelante, como una madre abnegada (*La familia de Alvareda*).

²³ Me refiero aquí a las noticias dadas por Coloma sobre la forma de aproximarse Cecilia al pueblo llano, para reflejarlo en su obra. Al parecer, durante su primer matrimonio, tendrá mucho contacto con las mujeres de los criados de campo, caseros, medieros, etc., de las haciendas de su esposo, sobre todo en Dos Hermanas, a las que ayuda y de las que podría haber recibido confidencias, pasadas luego al mundo literario por la escritora (véase Coloma, *op. cit.*, pág. 1420).

Por tanto, aquellas obras de Fernán Caballero que aluden a la vida de las clases inferiores, del pueblo llano andaluz, resultan un tanto difuminadas, con mucho tipismo, para conseguir un ambiente más real, pero sin llegar nunca al fondo de los problemas, antes bien, plasmando ideas preconcebidas sobre una especie de felicidad pastoril, derivada de la sumisión a la voluntad divina, para aquellos que con bondad e inocencia se pliegan al sistema establecido.

Lo que sí ha podido captar Cecilia, sin que lo haya empañado su subjetivismo, es la solidaridad existente en estas clases menos favorecidas, solidaridad que salta a la vista, en cada relato, como eje fundamental de sus vidas²⁴, así como su sentido religioso, igualmente importante aunque no sea ortodoxo²⁵, para utilizarlo como asidero en momentos de penuria tanto moral como física.

Si a todo lo que hemos dicho sobre la pertenencia de Fernán Caballero a un grupo social que evidentemente tiene una cierta mentalidad, añadimos las connotaciones de su educación en Alemania, no puede extrañarnos que sus novelas tengan un excesivo folklorismo debido al impacto que el sol, las flores, los colores violentos y la alegría de la fiesta debieron producir en el ánimo de una jovencita habituada a los medios tonos, suaves, blanquecinos y agrisados, de los inviernos nevados y los veranos brumosos de Hamburgo²⁶.

Por otra parte, las deformaciones que la realidad captada por Cecilia sufre por influjo de su ideología, son múltiples y vamos a intentar analizarlas viendo, además, o al menos intentando ver, el por qué de estas deformaciones, de acuerdo con la probable fecha de ejecución de cada obra.

Con este criterio, nos damos cuenta inmediatamente que sus primeras novelas, las que escribe antes de la década de los treinta (*Magdalena, La Familia de Alvareda...*) reflejan un ambiente más sencillo, más primitivo, donde la honra se defiende con la muerte del ofensor y el posterior castigo ineludible del ofendido y vengador por tomar la justicia por su mano. Son planteamientos que nos recuerdan nuestro siglo XVII.

Lo que le preocupa a la autora es la honra, el honor ultrajado, no el decoro, concepto éste distinto, más ambiguo, que alude más a lo

²⁴ Sobre el tema de la solidaridad, véase mi tesis de licenciatura, segunda parte, capítulo dedicado a las relaciones inter e intraclasisas, Madrid, 1984, copia Departamento Historia Contemporánea.

²⁵ Un planteamiento más a fondo ha sido expuesto en la segunda parte de mi tesis de licenciatura, capítulo dedicado a la religión.

²⁶ Esta captación del colorido andaluz es típica de todos los extranjeros que viajan por España, lo mismo antes que ahora. Sin embargo, los defectos que estos viajeros pueden ver en nuestro país, Cecilia los tamiza, los diluye, debido al gran amor que siente por su patria, a la que desearía perfecta, inhibiéndose de reflejarlos en sus obras.

que se debe aparentar ser y no lo que se es en realidad²⁷. Colorido costumbrista y grandes dosis de romanticismo, es lo que detectamos fundamentalmente en este primer período.

Además de esto, hay otro rasgo fundamental que no debe omitirse: estas primeras novelas se componen de descripciones de paisaje, tanto rural como urbano muy bellas; de diálogos fluidos; de escenas lozanas por su sencillez, sin adornos superfluos; pero sobre todo sin el «sermoneo» de la autora. No hay digresiones morales ni llamadas de atención ni adoctrinamiento alguno.

Aquí sí está perfectamente claro que Cecilia escribe, en esos momentos, por el mero hecho de plasmar sus impresiones en el papel.

La Gaviota es obra ya de más envergadura, con un mensaje ético y moral, pero no lanzado directamente por la escritora mediante un discurso personal, sino emitido a través de los sentimientos y las palabras de los personajes.

Si Cecilia se muestra contraria, por ejemplo, a la desamortización, nos describe el deterioro del convento expropiado, deterioro que el doctor Stein siente en lo más profundo de su corazón, pero no nos lo indica directamente, en una larga parrafada personal fuera del contexto. Es por tanto esta obra más madura, pero es posible que también escrita por entretenimiento, y no con el fin de «educar» al país, según sus convicciones ideológicas.

En *Clemencia*, novela que todos los críticos coinciden en considerar como autobiográfica y cuya acción se desarrolla a partir de 1844, se incluyen ya referencias a la forma de pensar de la autora, totalmente directas, en primera persona, y no a través de los personajes. Incluso añade al principio de la obra, en el momento de su publicación, una «Carta al lector de las Batuecas», muy significativa.

A partir de este momento, las digresiones se hacen frecuentes llegando, incluso a interferir en la correcta comprensión del tema, que queda, en muchos casos, escindido por el adoctrinamiento moral²⁸.

Ahora bien, si tomamos en consideración el hecho de la falta de elementos para datar las novelas de Fernán Caballero, por lo que a su gestación se refiere, así como el período transcurrido hasta su publicación, queremos apuntar como simple hipótesis de trabajo, que habría que constatar en un estudio más a fondo, que no hemos podido llevar a efecto por no encontrar los datos adecuados, si no sería posible que estos discursos se incluyeran en los manuscritos originales posteriormente, en el momento de la publicación, con el fin de que las obras alcanzasen cotas más altas de moralización pública.

²⁷ Este punto ha sido tratado en la segunda parte de mi tesis de licenciatura al analizar las clases medias.

²⁸ *Lágrimas* (F. Caballero, *op. cit.*, vol. II) resulta una obra de difícil lectura por este exceso de digresiones moralizantes.

No sería entonces lo mismo para Cecilia escribir en función de su propia distracción (en cuyo caso estos «sermones» parecen estar de más), que para publicar, sobre todo, si uno de los factores que hubieran podido decidirla a dar su obra al público hubiese sido la necesidad de contrarrestar el influjo «maléfico» de las nuevas ideas progresistas, del creciente anticlericalismo, o de los «nocivos» folletines de cuño socialista que pululan por todo el país.

En este caso, quizá juzgase poco explícito el mensaje, añadiendo largas disertaciones que afianzaran sus teorías, para un mejor adoctrinamiento de sus lectores.

Las *Relaciones* y los *Diálogos*, por su brevedad, carecen de estos aburridos párrafos, con lo que ganan en soltura, gracia y fluidez de estilo, enviando de todas formas un patente mensaje ideológico, pero mucho más asimilable, precisamente por su falta de «machaconería».

En estos «discursos», así como en los temas propios de cada novela, se ataca sobre todo a la burguesía, al poder del dinero, a las ideas liberales más progresistas, a la falta de religiosidad de esos que Cecilia llama despectivamente «positivos», es decir, a todo aquello que ha irrumpido en el horizonte de la época, dando al traste con el ordenamiento anterior. Esta etapa histórica, de auténtica transitoriedad, está llena de incógnitas que a nuestra escritora inquietan. El Antiguo Régimen aún pervive, pero desintegrándose, y el sistema liberal capitalista es aún incipiente, sobre todo en Andalucía donde vive Cecilia. No hay valores estructurales asentados y, por eso, ella se aferra a sus convicciones, a su *status* social, a la religión, a la familia... como puntales necesarios para que su mundo no se pulverice. Y decide lanzar sus ideas como una forma de evitar la crisis creciente de los valores seculares, no sólo a través de la evolución de sus personajes, de la descripción de sus vivencias que ya serían de por sí todo un compendio de doctrina moral tradicional, sino con arengas personales, tan insistentes que, a nuestro juicio, resultan perjudiciales.

Hay todo un programa a lo largo de su obra:

- Descalificación de la burguesía especulativa, que asciende en la escala social sólo por el dinero, sin que en ningún caso, se añada la evolución cultural.
- Descalificación de los hijos de familias de clase media, sobre todo rurales, que intentan desvincularse de su hogar, para ascender en el funcionariado y la política.
- Omisión de aquellos datos de la vida de las clases populares que puedan significar desdoro para la clase alta. Por ejemplo: los personajes que se integran en el mundo campesino, no incluyen braceros sin tierras y sin trabajo fijo, recolectores temporales, etcétera, sino que, hasta los más humildes tienen sus hazas, sus

pegujales y, sobre todo, el previsor paternalismo de sus amos para que no sufran miserias.

- No existe explotación de las clases populares y si la hay, es siempre por parte de esa burguesía venida a más que Cecilia detesta, y nunca por parte de la nobleza.
- El pueblo es sencillo, dócil y feliz en su pobreza aceptando la voluntad divina.
- La nobleza es la designada por Dios para atender las carencias de los humildes.
- No existen enfrentamientos ni disfunciones sociales.
- En el mundo descrito por Cecilia hay dolor, enfermedad, muerte, incluso crímenes, pobreza, sacrificio, pero todo está decidido por voluntad divina.

Dios envía las penas y castiga los crímenes. Las criaturas no tienen más que aceptar su papel en este mundo para ser felices en el otro.

- Religión, monarquía, familia y tradición, son los pilares fundamentales de este programa. La burguesía liberal y el progreso, los enemigos a batir.

Esta ideología de la autora está bien patente en todas sus obras. La descalificación de la burguesía especulativa es llevada a tales extremos que, incluso, los nombres puestos por Fernán Caballero a los personajes integrados en este grupo son simbólicos y casi escarnecedores.

Si en la nobleza los jóvenes se llaman Carlos, Rafael, Fernando, etc., los burgueses adinerados son denominados: Roque la Piedra, Jeremías Tembleque, Judas Tadeo Barbo, Anacleto Ripio, etc., y los funcionarios «ilustrados»: Perfecto Cívico, por ejemplo.

Estos hombres no tienen caridad, no gozan de la vida familiar, tan importante para Cecilia, su religiosidad es tibia y crítica, han roto con la jerarquización social, ascendiendo a niveles en absoluto acordes con su cuna. Fernán no perdona esto y los ataca duramente.

A pesar de todo lo expuesto sobre el poderoso influjo de una serie de factores subjetivos que deforman la realidad, en la novelística de nuestra escritora podemos encontrar una serie infinita de pequeños detalles cotidianos que se destacan nítidamente de todo el conjunto y que indudablemente podemos utilizar como fuente histórica, aunque ésta sea como cualquier otra, incompleta y necesitada de una sistemática expurgación.

Por ejemplo: la estructura social, las relaciones entre clases, la vida cotidiana, las formas de religiosidad, etc., en esta época (primera mitad del siglo XIX) y en la zona en la que se desarrollan los distintos argumentos (fundamentalmente en la Baja Andalucía) tienen mucho de auténtico si tomamos en consideración precisamente esos pequeños

detalles aludidos, que se han deslizado en la descripción, sin que la mente de la autora haya pensado en ellos, sino de forma automática, para incluirlos, sin darles mayor importancia (por tanto, sin manipulación).

Por otra parte, no sólo es interesante el análisis de una obra literaria desde el punto de vista de los datos de historia social que podemos encontrar en la misma, sino también como una aproximación a la mentalidad del escritor, que, en muchos casos, es un fiel exponente de una determinada clase.

En el caso de Cecilia Böhl de Faber esto no puede ser más evidente. Perteneciente por nacimiento a la alta burguesía del comercio y por matrimonio a la nobleza, educada en el extranjero, pero dentro de unas normas muy concretas, ya vistas anteriormente, se integran plenamente en un grupo bastante numeroso en la época, definido por una mentalidad colectiva caracterizada por un catolicismo intransigente, un sentimiento monárquico muy fuerte defendiendo, incluso, el absolutismo de Fernando VII, así como todo el sistema del Antiguo Régimen. No se acepta el cambio de los nuevos tiempos. Del liberalismo, aunque sea el doctrinario (tan poco progresista, por cierto), sólo se admite su demostrado patriotismo, pero nunca su forma de gobierno, ni los primeros esbozos de una sociedad capitalista. Cecilia, como muchos otros, no formará parte del carlismo que acoge a muchos de estos «servilones», por acatar los deseos últimos de su legítimo rey Fernando VII que deja el trono a su hija, pero en sus obras no mostrará ninguna animadversión hacia los seguidores del pretendiente, antes bien, los presentará como personajes dignos, virtuosos y honorables²⁹.

Esta benevolencia para con los enemigos del régimen establecido se tornará posteriormente en auténtica comunión de ideales, cuando desaparecido el primer carlismo, pasen sus seguidores al campo de un incipiente integrismo. Recordemos a este respecto, la amistad de Fernán Caballero con Cándido Nocedal.

V. ANÁLISIS DE LA CRÍTICA HECHA A CECILIA BÖHL DE FABER Y SUS OBRAS

En la época de su edición hay dos corrientes diferenciadas de crítica: una, por parte de escritores y políticos del liberalismo más progresista, que atacan radicalmente no sólo al hecho literario, sino al grupo social representado por la escritora; otra, por el contrario, ensalzando su forma de escribir y su mensaje moral. Esta, como es lógico, detentada por el sector más reaccionario de la sociedad: nobleza, per-

²⁹ La mayoría de estos carlistas son personajes de tercer orden en sus novelas, excepto el protagonista de *Un verano en Bornós*, Carlos Peñarreal, procedente del campo insurrecto, al que adorna con todas las virtudes posibles.

sonas del círculo íntimo de la familia real, liberales integrados en el ala más conservadora del moderantismo, etc.

La batalla dialéctica no tendrá, en muchos casos, nada que ver con el ámbito literario y se centrará en líneas de tipo político. Las diatribas contra Cecilia y sus escritos serán violentas, incluso en ocasiones herirán a la escritora en su dignidad, al tomarlas como ataques puramente personales. Pero, desde nuestra óptica, comprendemos que el antagonismo de los detractores no personaliza, sino que ataca los símbolos defendidos por la autora y sus personajes de ficción. Es, como ya hemos dicho, una batalla claramente política.

En la actualidad ocurre lo mismo. Al hacer la crítica de Fernán Caballero los distintos autores no pueden eludir el tomar posiciones de acuerdo con sus propias connotaciones ideológicas y, en general, sigue sin estudiarse el hecho literario en sí, sino que, automáticamente, se centra la discusión en el conservadurismo reaccionario de la escritora.

Y es que doña Cecilia, si realmente escribe y edita con afán de adoctrinamiento moral (y no por propio deleite, como nos dice Coloma), ha logrado levantar polémica, hacerse adeptos y enemigos fuera del ámbito de la crítica literaria pura, es decir, ha llegado plenamente al éxito, al conseguir que sus ideas personales, expuestas con tanto tesón, se superpongan, en la valoración de su obra, a los elementos de orden literario.

A) *Crítica decimonónica*

Por lo que se refiere a la crítica coetánea a la publicación de sus novelas, escindida en dos posiciones irreconciliables, como acabamos de comentar, tendremos, a favor de Cecilia, a sus amigos, integrantes del mismo círculo literario, es decir, a Manuel Cañete, José Fernández Espino, Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, José Joaquín de Mora, Antoine de Latour, Cándido Nocedal, Guillermo Forteza, J. Eugenio de Hartzenbusch, etc., muchos de ellos, académicos; otros, escritores, incluso políticos.

Además de la crítica favorable emitida por estos hombres, la popularidad alcanzada por Fernán Caballero y la difusión de sus novelas deja patente la buena acogida de un amplio sector de público centrado fundamentalmente en la nobleza y las clases medias³⁰.

Si analizamos las adscripciones ideológicas de estos amigos de Fernán Caballero veremos cómo todos ellos están dentro de un arco

³⁰ Es evidente que en una época con tanto analfabetismo en las clases populares, las novelas de doña Cecilia no tendrían ninguna difusión en el pueblo llano, ampliamente representado por la autora.

de opinión que cubre desde algún moderado, a los más intransigentes integristas, como Cándido Nocedal.

Frente a esta postura tenemos la contraria, es decir, la de los detractores de la escritora. Entre ellos escritores de gran valía, como Juan Valera, cuya crítica desfavorable aparecerá en la revista *La Malva*, en la que colaboran también Macanaz y Miguel de los Santos Alvarez. Las apreciaciones de Valera son duras y mortifican a Cecilia. Sin embargo, hay que señalar que en la *Revista de Madrid*, en la sección de «Cartas al director», Valera hablará bastante de Fernán Caballero y no todo en contra. Transcribimos algunos párrafos:

La novela empieza a cultivarse con algún éxito... siendo las más estimadas (por el público) las de Fernán Caballero.

Más adelante añade:

... se siente gran placer y mucha paz en el alma al leer este librito (habla Valera de *Un Verano en Bornos*) que tiene algunas páginas comparables a *Pablo y Virginia* o al *Andrés* de Jorge Sand...

La novela (se refiere en este caso a *La Gaviota*), se lee, no obstante, con placer y con aplauso, y no puede menos de reconocerse el indisputable talento de la autora, el cual es de lamentar que se desluzca a veces y que se malgaste en disertaciones políticas, religiosas y sociales... Son muy de elogiar... la pintura de la vida y costumbres del campo de Andalucía³¹.

Como puede verse, Valera, en este caso, no deja de ser justo y de valorar aspectos de la obra fernandina que considera positivos.

Dentro de este grupo de detractores estarán también Castelar, Castro, Barrantes, etc., que harán a Cecilia objeto de críticas destempladas, por considerarla como símbolo y representación del neocatolicismo.

En torno a la obra de Fernán Caballero se generarán una serie de cuestiones litigiosas entre defensores y atacantes, como, por ejemplo, entre Valera, de un lado, y Nocedal, del otro.

Esto demuestra lo que hemos apuntado más arriba. La política y la ideología serán los móviles de la polémica y no los juicios puramente literarios.

Otro grupo de hombres caracterizados por sus tendencias progresistas criticarán igualmente a nuestra escritora, pero de forma más correcta y suave que los anteriores. Nos referimos a los artículos de Pi y Margall y de Samper aparecidos en el periódico democrático *La Discusión*, fundado por Nicolás María Rivero. La propia Cecilia alude al respeto y moderación de estas críticas³².

³¹ Recogido en J. Valera, *Obras completas, Crítica literaria*, págs. 85-86, Madrid, 1949.

³² Véase López Argüello, *Epistolario de Fernán Caballero*, págs. 135-136, Barcelona, 1922.

Es lógico que los juicios adversos, sobre todo si son destemplados y están basados en motivos extraliterarios, produzcan malestar en el ánimo de la escritora, sobre todo después de que se desvele el misterio de la personalidad real de Fernán Caballero. Al ser denominada por sus antagonistas «musa neocatólica», el ataque será de tipo personal, a la propia Cecilia Böhl de Faber, y esto, en una mujer que se opuso en un principio a la publicación de sus obras y luego tomó un seudónimo para ocultarse del público³³, supondrá un auténtico trauma.

No todo fue, por tanto, éxito en su carrera literaria. Si bien es verdad que tuvo muchos amigos, incluso en las más altas esferas de la Corte, también hubo de soportar ataques acerbos de sus contrincantes ideológicos.

B) *Crítica actual*

Por lo que se refiere a la valoración de la obra de Fernán Caballero que se ha hecho en estos últimos años, creemos que se la ha juzgado, casi siempre, tomando en consideración las fechas de su publicación.

Si pensamos en estas novelas como fruto tardío de la primera mitad del siglo XIX, o como claramente insertas en la segunda, es evidente que trataremos a la autora como reaccionaria y retrógrada. Iris Zavala habla de ella en estos términos³⁴. Ahora bien, también nos dice textualmente:

La obra literaria de Fernán Caballero transcurre entre dos fechas decisivas: 1848 y 1854. Ambas representan hitos importantes en la historia política peninsular así como en la historia del movimiento europeo³⁵.

Al insertar la novelística fernandina en este período se desvirtúa, a nuestro modo de ver, su significación literaria. Como hemos intentado expresar, nuestra tesis es la de una inserción plena de la autora en su tiempo.

Parece evidente que muchas de sus obras son de la segunda mitad de la década de los veinte y de las dos décadas siguientes. Este pro-

³³ A este respecto hay que hacer notar el juicio peyorativo de la sociedad de la época hacia las mujeres literatas, juicio compartido por el propio padre de la autora, que intentará disuadirla, siendo él un intelectual, de su afán de escribir. Ella misma también huye de ser «une bas bleu». Es lógico, por tanto, que oculte sus habilidades, siendo como es una mujer de su clase y de su época. El viraje hacia posiciones más abiertas de la sociedad se dará cuando Cecilia sea ya una anciana.

³⁴ Iris M. Zavala hace un buen estudio de Fernán Caballero en su obra *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, especialmente en el capítulo IV, que titula «La novela polémica de Fernán Caballero».

³⁵ Iris Zavala, *op. cit.*, pág. 123.

blema nos lleva a una publicación tardía, pero no a la producción en sí, en las fechas a las que se refiere Iris Zavala.

Sin embargo, sería necesario hacer una matización en el supuesto, ya indicado, de que Cecilia hubiera hecho retoques en los manuscritos a la hora de publicar, incluyendo, por ejemplo, las disquisiciones morales en estos momentos. En este caso sí habría que analizar su obra, en las fechas que nos da Zavala, pero no toda su obra, sino las partes añadidas, lo que, como ya hemos explicado, es totalmente imposible por la falta de datos concretos.

Por otra parte, Fernán Caballero pertenece a una clase social y a un grupo, con una ideología determinada, de bastante peso todavía en la sociedad española. Efectivamente, si estudiamos a un tiempo la obra de esta escritora y el folletín social de un Ayguals de Izco, por ejemplo ³⁶, tendremos un espectro mucho más amplio del panorama español del momento, ya que Ayguals refleja una sociedad urbana en la que el proletariado industrial juega ya un papel y la burguesía se encuentra en pleno desarrollo ³⁷.

Esto nos plantea, evidentemente, el problema de situar la novelística fernandina en su momento, y en su zona geográfica, para saber exactamente dónde estamos en cuanto a exactitud de datos, ya que los ambientes son totalmente distintos y las mentalidades de los autores también.

Si Fernán Caballero es acérrima defensora de una ideología (retrógrada, según Zavala), de la que se ha nutrido desde la cuna, e intenta llevar su mensaje al ánimo de sus lectores, exagerando unos aspectos y eludiendo otros más comprometedores para sus tesis, lo mismo ocurre con los escritores de folletín social, encuadrados en grupos democráticos y claramente influenciados por las lecturas de Sué, Fourier o Cabet. Estos escritores también hacen política en sus novelas, lo que, en mi opinión, es muy válido, ya que la literatura es un medio de expresión, pero lo que no podemos es, como hace Zavala, censurar a unos por su proselitismo y aplaudirlo en otros.

En una época tan controvertida políticamente como las décadas centrales del siglo XIX, es lógico que los novelistas tomen partido y defiendan sus ideas a través del mejor instrumento a su alcance: sus obras literarias.

³⁶ Este folletín social es, a juicio de Iris Zavala, el auténtico precursor del realismo posterior (véase Zavala, *op. cit.*, pág. 122, y cap. XX, pág. 32, en Díez Borque, *op. cit.*).

³⁷ Este interesante aspecto queda fuera de la óptica de este trabajo en el que nos hemos centrado en la Baja Andalucía, muy alejada, en sus estructuras, de la Cataluña industrializada descrita por Ayguals o Tresserras.

³⁹ J. J. Ferreras, *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, 1973, pág. 171.

Aunque Ferreras, en uno de sus estudios, considera los primeros setenta años del siglo XIX como «un desierto novelístico»³⁸, es, sin embargo, más mesurado al hacer la crítica de la obra de Fernán Caballero, de la que, en otro estudio diferente al recién citado, dice textualmente:

... pero si Fernán Caballero nos puede parecer hoy como un autor anticuado, hay que darse cuenta de lo que significó su obra en el momento de su aparición... La obra de Fernán Caballero significó una verdadera revolución artística; creó en cierta manera una novela moderna, dio entrada en la novela a la siempre ansiada y buscada realidad, y, sobre todo, modificó para siempre, los estrechos, entonces, cauces novelescos...³⁹.

Estamos completamente de acuerdo con este punto de vista, ya que consideramos que la novela de Fernán Caballero surge como creación autóctona, en un mundo literario en el que pululan las traducciones de todo tipo de obras extranjeras, unas de gran calidad, pero otras de muy escaso valor literario, siendo precursora, al menos por lo que se refiere a la idea de novelar sobre nuestro país, de la generación del «68», salvando todas las distancias de técnica literaria, ideología, subjetivismo, etc.

Para Ferreras, en 1868 no sólo pierde el trono Isabel II, sino que Cecilia Böhl de Faber deja de escribir para siempre. La monarquía volverá con Alfonso XII, unos años más tarde, pero la producción fernandina ha tocado a su fin. En 1870 Pérez Galdós publicará *La fontana de oro*. Si Fernán construye sus obras inspirándose en una ética trascendental y tradicional, como novelista monárquica y católica, Pérez Galdós, ni monárquico ni católico, lo hace sobre un nuevo eje de coherencia que no está constituido por una ética tradicional: «Entre la última novela de Fernán Caballero y la primera de Pérez Galdós, se sitúa exactamente una revolución burguesa que separa dos generaciones»⁴⁰.

Por su parte, José María de Castro, al hacer la valoración de la obra de doña Cecilia, en su *Estudio preliminar* a las *Obras completas* de la misma, editadas en 1961, reitera el propósito de la autora de reflejar cuanto ve y oye del pueblo. Sin embargo, hace una observación:

El populismo de Cecilia intenta ser inteligente, es decir, interpretado, entendido, lo más lejos de la fría objetividad. No la reproducción del cuadro sino la valoración de los hechos⁴¹.

³⁹ Díez Borque, *op. cit.*, cap. XXI, por J. J. Ferreras, pág. 92.

⁴⁰ J. J. Ferreras, *op. cit.*, pág. 154.

⁴¹ J. M. Castro, *Estudio preliminar*, en Fernán Caballero, *op. cit.*, vol. I, página LXXXIX.

En este caso no tenemos, por parte de Castro, un juicio adverso sobre el subjetivismo con que Fernán analiza la realidad, sino que lo que hace la escritora con su obra literaria es una interpretación metafísica y poética de lo que la rodea.

Evidentemente, aún no estamos en el realismo literario en el que la investigación ambiental será casi científica. Y volvemos a nuestra tesis, repetidamente apuntada: la ideología de la autora, su mentalidad, es la que informa no sólo su pensamiento, sino su voluntad de transmitir mensajes que puedan ser de ayuda a una sociedad en pleno momento transicional. Es su propia cosmovisión lo que quiere plasmar en sus obras: en un primer momento, en el que aún perviven las antiguas tradiciones (reinado de Fernando VII), para su propio deleite personal e intelectual, sin ninguna proyección externa; luego, cuando sienta la inseguridad que la rodea como algo peligroso para la estabilidad tradicional que ella defiende como norma de convivencia, dando su pensamiento a la luz pública, como aportación a la lucha por mantener unos valores: religión, monarquía, familia, etc., que considera absolutamente básicos.